

La política de la construcción de presas*

EDWARD GOLDSMITH
NICHOLAS HILDYARD

Las presas no se construyen nunca en un vacío político. Para los políticos significan votos y prestigio. Es por ello que la crítica a los proyectos de construcción de presas supone una dura y difícil batalla contra el poder del Estado, batalla casi imposible de ganar.

Una y otra vez nos topamos con el hecho de que las presas y otros proyectos hidráulicos de gran escala reciben el beneplácito del gobierno, sobre la base de las más superficiales apreciaciones ecológicas. En algunos casos, los estudios necesarios se realizan hasta después de haberse iniciado los trabajos de construcción. Podemos concluir de ello que tanto los gobiernos como las agencias internacionales de desarrollo conceden muy poca importancia a los problemas ecológicos y sociales que las grandes presas acarrearán. Sirvan los siguientes ejemplos para corroborar lo anterior.

Bahía James, Canadá. La aprobación de la construcción del gigantesco complejo de la Bahía James en Quebec, fue otorgada antes de que se hubiera realizado ningún estudio sobre los costos/beneficios ecológicos y económicos. De acuerdo con los planes originales, el proyecto abarcaba:

la construcción de diez de las más grandes presas del mundo, dos nuevos aeropuertos, un nuevo puerto marítimo, 60 millas de diques, once o más plantas generadoras de energía eléctrica, 500 millas de caminos nuevos en despoblado, la desviación de los ríos Nottaway y Broadback hacia el río Rupert mediante un complejo sistema de túneles y la ampliación de Eastmain y La Grande más hacia el norte. (Taylor, 1973, 12:4)

A pesar de la envergadura de la operación y del enorme impacto ambiental que podría tener, el gobierno de Quebec basó su decisión de continuar con el proyecto en sólo dos informes ingenieriles. Según afirma Walter Taylor en un número especial de la revista *Survival*, estos informes “no planteaban, ni siquiera superficialmente, ninguna consideración de tipo social o ecológico, y se limitaban a ofrecer una muy burda estimación de los costos y beneficios”. (Taylor, 1973, 12:1)

Tampoco se prestó ninguna atención a este tipo de consideraciones vitales en un informe posterior elaborado por un equipo conjunto de los gobiernos federal y provincial; este equipo tenía el carácter de unidad de consultoría sobre el proyecto. No cabe duda de que el grupo debe haber encarado muchas dificultades para eludir tanto las cuestiones ecológicas como las económicas. A manera de excusa, el equipo aducía:

Se sobreentiende que ya ha sido tomada la decisión de proceder. Por tanto, este informe no refleja ninguna de las reservas personales o colectivas de los miembros del equipo conjunto respecto a la necesidad real que la sociedad tenga del proyecto, de la existencia de medios más económicos o menos

* Este texto fue publicado en *The Ecologist*, Vol. 14, No. 5/6, 1984:221-231. Es un capítulo del libro de los mismos autores titulado *The Social and Environmental Effects of Large Dams*. Worthyvale Manor Farm, Camelford, Cornwall, 1984.
Traducción de Gloria Elena Bernal y Leonardo Tyrtania

perjudiciales para el ambiente de captar los recursos energéticos y satisfacer así las necesidades futuras de Quebec, ni tampoco de la posibilidad de que la sociedad se esfuere por restringir sus demandas de energía eléctrica en lugar de incrementar su oferta. Para la elaboración de este informe, se presupuso que todas estas cuestiones fundamentales habían sido consideradas adecuadamente por las autoridades antes de tomar la decisión de proceder. (Taylor, 1973, 12:2)

Es difícil saber con exactitud cómo llegó el equipo a establecer este presupuesto. Tan sólo un año antes de que el equipo concluyera su informe –y sólo unos pocos meses antes de que se tomara la decisión sobre la Bahía James– la Oficina de Planeación Económica del propio gobierno provincial había señalado que la factibilidad del complejo tenía que ser comprobada todavía, y que se necesitaría una inversión de millones de dólares en investigaciones preliminares antes de que pudiera iniciarse el trabajo. No hay evidencias de que esas grandes sumas de dinero fuesen efectivamente invertidas. Más grave aún es que la afirmación de los ministros del gobierno, en el sentido de que se habían llevado a cabo estudios ecológicos antes de asumir la decisión sobre la Bahía James, no concuerda con los estudios subsecuentes –especialmente con el que hizo Quebec-Hydro–, que admitían lo poco que se sabía acerca de la ecología de las 144,000 millas cuadradas que serían incluidas en el proyecto. Resulta significativo que el Dr. K. A. Kreshaw –botánico de la Universidad McMaster– llegara a decir:

no abrigo duda alguna al afirmar que no contamos con ningún conocimiento biológico suficientemente sólido acerca de esta área y estoy preparado para ir a juicio y afirmar esto bajo juramento. (Tylor, 1973, 12:5)

Río Tana, Kenya. No se realizaron estudios sobre los efectos ecológicos de las presas Kindaruma y Kamburu en el río Tana de Kenya antes de iniciar los trabajos de construcción. Los estudios de factibilidad de las presas se limitaban a mencionar los posibles efectos ecológicos. Por lo demás, para cuando se ordenó la realización de los estudios –bajo los auspicios del Dr. B. Lundholm, del Secretariado Sueco para la Ecología Internacional y de R.S. Odingo, de la Universidad de Nairobi– el trabajo en la presa había avanzado a tal punto que “era ya imposible recabar información básica sobre el área” (Linney y Harrison, 1981:17). Efectivamente, el sitio de la construcción de Kamburu ya estaba poblado por alrededor de 2,000 residentes permanentes y una

población flotante de trabajadores migratorios también de 2,000 individuos.

Valle de Helmand, Afganistán. La construcción de un moderno canal de irrigación en el Valle de Helmand, en Afganistán, fue emprendida sin que mediara ninguna consideración sobre la posibilidad de que la tierra se salinizara. Diez años después del inicio del proyecto, 5 millones de acres, de un total de 23 millones, se habían perdido a causa de la salinización, las avenidas y los azolves, y una cantidad adicional de entre 50 mil y 100 mil acres estaban perdiéndose anualmente para la producción por las mismas causas. Al comentar sobre la pérdida del suelo, Aloys A. Michel, entonces profesor de geografía en la Universidad de Rhode Island, dijo lo siguiente:

Lo único sorprendente en la experiencia de Helmand es que el desastre ocurriera tan rápidamente y que las razones para ello fueran tan evidentes. Cualquier ingeniero o planificador podría haberlas previsto desde la etapa de diseño, y algunos las previeron en efecto. Pero, en lugar de diseñar el proyecto (...) ya fuera para incrementar sustancialmente el tamaño de las propiedades individuales, ya para disminuir desde el principio las concesiones de agua, el proyecto fue implementado en abierto desafío a la realidad. (Michel, 1973:265)

Selingue, Mali-Guinea. De acuerdo con Brian Johnson, del Instituto Internacional para el Desarrollo Ambiental, el único estudio ambiental que se hizo en el caso de la presa Selingue –en Africa Occidental, sobre la frontera entre Mali y Guinea–, trataba “brevemente acerca del potencial turístico de la reserva, de los posibles daños a la calidad del agua en la región y de la estabilidad sísmica.” (Johnson, 1979:3)

Un informe preparado en el momento mismo en el que se inició la construcción, señalaba que las autoridades de la presa se mostraban incapaces de responder a cuestiones tan fundamentales como las que se referían primero a la manera de inhibir la sedimentación; segundo, a si existían o no planes para desmontar el bosque en la superficie que sería inundada; tercero, a las posibles consecuencias ecológicas de no llevar a cabo ese desmonte, y cuarto, a las medidas que se estaban tomando para la reubicación de los 9,500 habitantes que serían desplazados por la presa.

El informe hacía notar también que el estudio de factibilidad preparado para la presa no ofrecía información que respaldara “sus breves aseveraciones” en torno a los posibles efectos ambientales; más grave aún era el hecho de que había sido “aparentemente



eliminado” uno de los pasajes que prevenía acerca de los efectos nocivos que el crecimiento de plantas del pantano y algas podría tener en las pesquerías. En efecto, el autor del citado informe comenta:

Era evidente que, dada la inmensa presión del gobierno de Mali por concluir la presa y poner en operación la primera turbina en agosto de 1980, diversos pasajes (particularmente los relacionados con el ambiente) fueron sustraídos. (Anon, s/f:43)

El informe aduce, especialmente, que “la eutrofización masiva de partes del lago se presenta como una posibilidad”, pero que los estudios en torno al crecimiento de algas simplemente han sido ignorados; que “muy poco se ha hecho para informar a los aldeanos acerca de los planes para el área”; y que, a pesar de la evidencia de que los peces del lago deberían poder desplazarse corriente arriba con el fin de desovar, “no se ha tomado ninguna medida para incluir un vertedero para peces”. No sorprende que Brian Johnson advierta: “desastres ambientales portentosos penden todavía ominosamente sobre Selingue”.

¿Política o descuido?

Los ejemplos citados demandan, ciertamente, una explicación. Una opinión correcta pero trivial es que no podemos esperar razonablemente que se lleven a cabo estudios completos y detallados para cada presa –entre otras razones, porque nunca puede estudiarse a profundidad suficiente la gama completa de efectos ecológicos y sociales de modo tal que puedan resolverse todas las incertidumbres. Como afirmó el profesor Barton Worthington en la conferencia sobre “Tecnología Indiferente” de 1970:

Cuando menos en los países en desarrollo, *nunca habrá ni recursos financieros suficientes ni científicos bastantes* para cubrir todos los aspectos de información necesarios para una predicción minuciosa ... (Barton, 1973)

Barton Worthington cuenta con evidencia suficiente para hacer esta afirmación en ciertos casos. Pero la carencia de recursos financieros difícilmente bastaría para explicar el ejemplo de la Bahía James. Después

de todo, en ese caso no estamos hablando de investigaciones que no hayan sido tomadas en cuenta o escatimadas por razones financieras: estamos hablando de un vasto proyecto que fue sancionado y puesto en operación sin que mediara investigación suficiente en torno a los posibles efectos ecológicos y sociales.

¿Qué podría decirse entonces acerca de un segundo tipo de argumentos, aquellos según los cuales un optimismo fuera de lugar o los buenos deseos conducen al gobierno y a la industria a minimizar los problemas con los que muy probablemente se encontrarán? Una vez más nos hallamos en dificultades, entre las cuales no es la menor la clara evidencia de que la industria suele mostrarse indisputada para aprender las lecciones del pasado y de que, con mucha frecuencia, ignora los consejos de sus propios expertos, en caso de que se opongan a lo que ella desea oír. Así pues, hay razones para que Aloys Michel subraye, en relación con el Proyecto Helmand: “Lo más triste de la experiencia en Helmand es que probablemente se repetirá, si no en Afganistán, en Irán o en Irak ...” (Michel, 1973:265). Esas razones, como las percibe Michel, son suficientemente claras:

Muchos ingenieros en irrigación han tenido la sabiduría de reconocer y la valentía de afirmar, que la necesidad de establecer un sistema artificial de drenaje es una consecuencia inevitable de la creación de todo sistema artificial de riego. Pero la dimensión temporal de la irrigación suele implicar que se asegure únicamente la dotación inicial de los componentes de almacenamiento y distribución... *El optimismo inherente y la tendencia a la postergación hacen que la caída en esta tentación sea mucho más fácil, tanto como el hecho de que los diseñadores del sistema se ven llevados a subestimar los costos o a incluir elementos desechables, con el fin de obtener la aprobación administrativa, legislativa o electoral para sus proyectos basándose en la teoría comprobada de que una vez que el suelo se rompe el proyecto tiene que ser concluido. Más todavía, tanto el ingeniero como el planificador, el contratista, el burócrata o el político pueden estar buscando una ganancia personal o profesional a corto plazo.* Para cuando la ausencia de un sistema de drenaje comienza a dañar las cosechas, por lo general el agente ya se ha mudado a otro proyecto o cuenta con un apoyo electoral distinto, o bien, se ha retirado. Todos estos factores parecerían aplicables a todas las sociedades modernas independientemente de su orientación ideológica. (Michel, 1973:273)

Las opiniones de Michel encuentran eco en el libro de John Waterbury, *The Hydropolitics of the Nile Valley*, según el cual

los grupos que elaboran las políticas y los acreedores externos *prefieren una imagen incompleta, puesto que así los imprevistos pueden atribuirse a la falta de información o a una deficiente especificación de las responsabilidades.* (Waterbury, 1979:4)

El autor va más lejos y señala que “el proceso de planeación de los recursos en los países en desarrollo se encuentra intencionalmente fragmentado”, precisamente porque los planificadores desean evitar cualquier responsabilidad futura en los desastres provocados. Así, escribe:

Los planificadores y los reponsables de la elaboración de las políticas limitan su responsabilidad acotando su ámbito de percepción y confinándolo en áreas de responsabilidad muy estrechamente definidas. Los horizontes sectoriales y temporales se constriñen tanto como es posible. Cada una de las agencias especializadas procura tener como misión una tarea muy precisamente definida, y se somete voluntariamente a la información que le proporcionan otras agencias importantes cuando define sus objetivos. En caso de que la información resulte errónea o no sea accesible, y si se yerra en los objetivos, la culpa podrá atribuirse a otras dependencias. De manera similar fijar el inicio de un proyecto en un tiempo “x” puede resultar relativamente poco costoso, puesto que sus beneficios o deficiencias no se habrán acumulado sino hasta el momento “y”, mucho después de que sus generadores hayan salido de escena. *Para cuando las deficiencias se hagan indiscutiblemente evidentes, los responsables políticos del momento podrán justificadamente atribuir la culpa a sus predecesores.* A falta de pruebas de negligencia criminal, nadie, a excepción de la sociedad misma, resulta responsable. Con demasiada frecuencia los organismos bilaterales y multilaterales prestadores de apoyo se ajustan a este patrón de “planeación” por motivos más o menos similares. *Su raison d’être es la de mover fondos, y una prudente inactividad no acarreará a sus administradores ni aplausos ni promociones.* Por tanto, estos agentes operan únicamente con la información que se les proporciona, o tratan de obtenerla a partir de vigorosos o esclarecedores informes cuyas conclusiones suelen haber perdido vigencia. *Una vez más, la fragmentación del campo de análisis funciona como un mecanismo de defensa*

para limitar la responsabilidad de lo que pueda salir mal o, de hecho, salga mal. Un funcionario de alto nivel del Consejo Mundial de Alimentación de la Organización de las Naciones Unidas hacía un comentario al respecto, afirmando que “puede ganarse mucho cuando no se sabe con certeza lo que está sucediendo”. En consecuencia, existe una confabulación natural entre los administradores de los programas de apoyo y los diseñadores de los programas y proyectos que aquellos pretenden apoyar. Por lo demás, las sociedades en desarrollo suelen ser consideradas como responsables exclusivas de las ineficiencias engendradas por este tipo de connivencia. (Waterbury, 1979:243)

Las presas y la carrera política

La observación de Waterbury en el sentido de que “una prudente inactividad no acarreará ... ni aplausos ni promociones” plantea un problema sobre el cual suelen hacerse diversos comentarios en la literatura. *Dicho llanamente, ninguna presa se construye en un vacío político*. Por un lado, están quienes deben diseñar, planear y construir la presa; por el otro, están los políticos que sancionarán y aprobarán su construcción. Todos ellos están tan sometidos a las presiones psicológicas de sus trabajos como lo estamos el resto de nosotros: el deseo de impresionar positivamente a los colegas, el temor de “hacer olas” y la urgencia de obtener promociones y reconocimiento, estos son factores muy influyentes.

De la misma manera, los políticos tienen una aguda conciencia de la necesidad de “alimentar” su base de poder (sea ésta “el electorado” en los países democráticos o “el partido” en los estados no democráticos), mientras que las grandes agencias constructoras de presas son igualmente conscientes de la necesidad de concertar proyectos futuros si desean acrecentar su propio poder y prestigio. Hasta cierto punto, estas presiones “políticas” se reconocen abiertamente. Lo que se niega obstinadamente, sin embargo, es que la decisión real de construir una presa esté determinada ni en la más mínima medida por tal tipo de consideraciones.

No obstante, Waterbury se muestra mucho menos confiado. En efecto, es muy explícito al afirmar que las consideraciones políticas tienen un peso decisivo en la aprobación de los proyectos de construcción de presas:

El hecho es que, como regla, la decisión políticamente determinada viene primero y que es extremadamente difícil satisfacer posteriormente el

requisito de un debate informado y desapasionado para evaluar los costos a largo plazo. (Waterbury, 1979:243)

¿Cuál es la evidencia en la que Waterbury fundamenta esta conclusión? A continuación analizaremos con mayor detalle su estudio en torno a las decisiones políticas que condujeron a la construcción de la presa de Aswan.

La experiencia de Aswan

De no haber sido por el éxito del golpe de estado de los Oficiales Libres en 1955, que derrocó al rey Faruk de Egipto y elevó al Coronel Gamal Abd el-Nasser al poder, podría pensarse que la Gran Presa de Aswan nunca hubiese sido construida. Porque, aunque la idea de la presa había acechado a los ministerios egipcios desde 1948, su progenitor –Adrien Daninos, un ingeniero de ascendencia griega y egipcia– no había podido conseguir apoyo suficiente para el proyecto. No es que el gobierno egipcio se opusiera a la idea de asegurar un almacenamiento anual de los desbordes del Nilo; más bien eran las dimensiones inmensas del reservorio que Daninos imaginaba –un reservorio capaz de almacenar el volumen total de la inundación del Nilo– lo que provocaba el escepticismo de los críticos.

De hecho, hasta Daninos mismo admitía el temor de que el reservorio se azolviera antes de tiempo. Otros, en particular el experto en irrigación H. E. Hurst (a quien Waterbury ha considerado desde entonces como “el estudioso del Nilo más autorizado del siglo XX”), se mostraban profundamente preocupados de que las tasas de evaporación llegaran a ser tan elevadas, que cualquier ventaja potencial derivada del almacenamiento en un reservorio tan grande pudiese ser contrarrestada totalmente. Aún otros advertían del riesgo de embalsar los sedimentos del Nilo junto con sus aguas, puesto que el resultado podría ser la erosión del lecho del río a una escala dramática –y desastrosa.

Sin embargo, en los años siguientes a la toma del poder por Nasser, pocos se atrevían a externar ese tipo de críticas. La opinión generalizada favorecía tan sólidamente al proyecto de Aswan que había que ser muy valiente para oponerse abiertamente. Algunos sí se opusieron, en su propio perjuicio como veremos, pero la mayoría prefirió doblegarse ante los aires dominantes. Hasta el propio Hurst (quien a la sazón era miembro del comité supervisor del proyecto de Aswan del nuevo régimen) pronto comenzó a insistir en que los problemas de evaporación podrían superarse

mediante un diseño adecuado. Tampoco cambió la opinión prevaleciente cuando los efectos colaterales de la presa se hicieron aparentes. Como lo comentara el profesor Alí Fathi –uno de los pocos que mantuvo su oposición a la presa:

Era evidente que los técnicos gubernamentales competentes estaban decididos colectivamente a no prestar atención a los signos de deterioro de la fertilidad del suelo ... ni siquiera como hipótesis. Este fue el resultado de lo que podría llamarse ‘el pacto de la Gran Presa’, un estado psicológico surgido de circunstancias políticas y de otro tipo, que ha protegido al proyecto desde su concepción misma. (Fathy, 1979:116)

Efectivamente, un alto funcionario describió la atmósfera citando el *Rubayyat* de Omar Kayyam: “Cuando el rey dice que es media noche al mediodía, el hombre sabio dice: he ahí la luna!”.

Vulnerabilidad creciente, temores en aumento

¿Qué es entonces lo que hizo que el nuevo rey viera la luna al mediodía? ¿Y por qué optaron sus cortesanos de manera tan decisiva a favor de la Gran Presa de Aswan? A pesar de que desde el período ptoloméico el alto nivel de la agricultura permanente en Egipto era ya bien conocido, no fue sino hasta principios del siglo XIX cuando se dio un viraje generalizado de la agricultura de temporal a la intensiva. Hasta entonces el patrón agrícola en el delta del Nilo había permanecido sin cambios durante los seis mil años precedentes. Cada verano, en cuanto comenzaban a crecer las aguas del Nilo, se excavaban canales de drenaje en los campos para conducir las aguas hacia grandes estanques, algunos de los cuales llegaban a tener una extensión de 80,000 *feddans*.¹ Una vez llenos estos estanques, se permitía que el agua permaneciera estancada por hasta 60 días, filtrándose a grandes profundidades en la tierra y depositando la capa de cieno que repondría los suelos aluviales. El exceso de agua era entonces conducido de regreso al Nilo y comenzaba el cultivo, de modo que la cosecha tenía lugar en mayo y la tierra era dejada en barbecho hasta la siguiente inundación en septiembre. El cambio hacia la agricultura permanente modificó radicalmente ese ciclo. Con dos cosechas por año, pronto se hicieron evidentes los problemas causados por las avenidas, los azolves y la salinidad. Esos problemas, en cierta medida resultaron aminorados por la introducción de nuevos

patrones de cultivo (especialmente por un período de barbecho más prolongado) y de complejas redes de drenaje. Aún así, en 1883 MacKenzie Wallace registraría “sal nitrosa blanca cubriendo el suelo y brillando al sol como nieve virgen”. (Mackenzie, 1883:15, citado en Waterbury, 1979:35). En verdad, ya para 1908 el problema se había agudizado a tal punto, que el primero de muchos comités por venir fue establecido para estudiar los efectos de la salinidad en los suelos egipcios; este comité llegó a la conclusión de que las áreas destinadas en ese momento al cultivo del algodón deberían reducirse en dos tercios para minimizar una destrucción ulterior.

Pero, aunque la agricultura permanente trajo consigo los malignos efectos gemelos de la salinidad y el azolve, también infundió un nuevo temor en las mentes de los egipcios, que se acrecentaría con el tiempo y llegaría a ser casi una obsesión hacia el fin de siglo. Waterbury señala:

A medida que la economía pasó de la subsistencia a la producción destinada a los mercados mundiales, perdió su tolerancia frente al desempeño agrícola deficiente, así como su capacidad de absorber años malos. Algún tiempo después de la primera Guerra Mundial, la necesidad de predicción respecto de todos los elementos del ecosistema del Nilo llegó a ser una preocupación sobresaliente. (Waterbury, 1979:39)

Una pequeño desborde podía reducir la producción agrícola de Egipto hasta en la mitad, en tanto que un gran desborde podía llegar a “destruir los estanques y dejar moteada de pantanos pestilentes la planicie inundada”.

La necesidad de asegurar el suministro de agua

Fue con el fin de disminuir esa vulnerabilidad que, en 1902, Sir William Garstin, del Departamento de Obras Públicas de Egipto, propuso por vez primera la idea del almacenamiento anual de las aguas de las inundaciones del Nilo. Su propuesta, conocida como el Proyecto de Almacenamiento del Siglo, era grandiosa en extremo. “Los elementos esenciales de la estrategia”, escribe Waterbury,

consistían en incrementar la capacidad estacional de almacenamiento en Aswan, en aprovechar la depresión Wadi Rayyan de Fayyum (anteriormente el antiguo Lago Moeris) para sacar con sifón y

almacenar las aguas excedentes de las inundaciones corriente abajo desde Aswan, en construir un regulador de descarga en la desembocadura del Lago Mobutu para utilizarlo en el almacenamiento y la descarga anuales y, lo más importante, en reducir las pérdidas de agua por evaporación en los pantanos del Sud". (Waterbury, 1979:40-41)

Hasta la llegada de Nasser al poder, el proyecto de Garstin fue el más favorecido por las autoridades egipcias. Pero ese proyecto presentaba una inmediata y evidente desventaja para Nasser y sus Oficiales Libres: dejaba a Egipto a merced de los estados que controlaban el Nilo río arriba. Más aún, tres de esos estados –Kenya, Uganda y Sudán– se encontraban bajo el control directo de la Gran Bretaña, país con el que las relaciones se encontraban en extremo tensas (recuérdese que ésta fue la época del Canal de Suez.) El temor era claro: radicaba en la posibilidad de que la Gran Bretaña presionara a Egipto interfiriendo en su suministro de agua.

No sorprende pues que Waterbury considerara el "sentido de vulnerabilidad y los temores concomitantes de los estados que se encuentran río abajo (en el Valle del Nilo)" como elementos centrales de "todas las decisiones relativas a la elección de proyectos y tecnología para el control del río". (Waterbury, 1979:63) Así, escribe:

Ningún otro gran valle fluvial es compartido por tal cantidad de actores autónomos, y ningún otro estado río abajo depende en tan gran medida para su supervivencia como Egipto de su río. La aguda con-

ciencia de la yuxtaposición de estos factores geopolíticos se encuentra en el corazón de la respuesta psicológica de Egipto a todo lo que sucede río arriba.

Dados esos temores, quizá resulta comprensible la decisión de optar a favor del proyecto de Aswan. Después de todo, aquí había un proyecto que –por lo menos en teoría– permitiría el almacenamiento anual dentro de las fronteras egipcias. Desde la perspectiva de Nasser y de los Oficiales Libres, ésta era una oportunidad que no debía desecharse. Un síntoma del grado hasta el que se sentían indudablemente amenazados por la vulnerabilidad de su suministro de agua, puede hallarse en un discurso pronunciado años después por el Presidente Sadat. En 1978 advirtió:

dependemos del Nilo en un 100 por ciento para nuestra vida, de modo que si alguien en cualquier momento piensa en privarnos del sustento de nuestra vida, nunca dudaremos (en ir a la guerra), puesto que se trata de una cuestión de vida o muerte. (Waterbury, 1979:78)

En busca de prestigio

Si el deseo de asegurar el suministro de agua para Egipto era uno de los motivos de tipo político que conducían la construcción de la Gran Presa de Aswan, otro de los motivos estaba relacionado con el inmenso prestigio que suponía embarcarse en un proyecto de tal envergadura. Waterbury lo expresa de esta manera:

La decisión específica concerniente a la Gran Presa debe ... ubicarse en el contexto general de un régimen nuevo y desconocido que pretendía establecer firmemente su credibilidad y señalarse frente a sus ciudadanos, al tiempo que hacía saber al resto de las naciones que estaba preparado para realizar lo que ningún régimen anterior se habría atrevido siquiera a contemplar o a proponer para promover el bienestar del país. No hay evidencias de que los conspiradores hubiesen prestado atención alguna al Proyecto de la Gran Presa antes de llegar al poder. Inclusive, es poco probable que



hubieran siquiera oído de él antes de que cayera, fortuitamente, en sus manos. Pero una vez que tuvieron el proyecto frente a ellos, las ventajas políticas, así como la pertinencia económica, se hicieron evidentes de inmediato. *Desde el punto de vista político, el proyecto tenía la ventaja de ser gigantesco y audaz, lo que permitiría que Egipto avanzara hacia la vanguardia de la ingeniería hidráulica moderna.* Todavía más, durante su construcción y una vez concluido, el proyecto sería extremadamente notorio y convenientemente monumental. (Waterbury, 1979:99)

Esos motivos iban a llegar a ser los predominantes durante los primeros años de la presa, particularmente en razón del deterioro de las relaciones entre Nasser y la Gran Bretaña. Sin duda alguna, después de Suez –y del fin de toda esperanza de Gran Bretaña de financiar el proyecto

Nasser y sus socios ya no pudieron nunca más considerar a la presa simplemente como un gran proyecto de ingeniería, sino que llegaron a tenerla por el símbolo de la voluntad de Egipto de resistir a los esfuerzos imperialistas por destruir la revolución. (Waterbury, 1979:108)

Este sentido de desafío se transformó casi en fervor mesiánico, tanto de parte del propio Nasser como del pueblo egipcio. Por ello, grandes multitudes llegarían a correr por la calles del Cairo cantando “Nasser, Nasser, te saludamos: después de la Presa nuestra tierra será el paraíso”. (Waterbury, 1979:116) Por lo que a Nasser respecta, él prometió que “el mayor lago jamás modelado por el género humano” se convertiría en “una fuente prosperidad eterna”. Hablaba arduamente del logro que la presa representaba: “Aquí se han conjuntado las batallas políticas, sociales, nacionales y militares del pueblo egipcio, integradas como la gigantesca masa de roca que ha bloqueado el curso del antiguo Nilo”. (Nasser, 1964, citado en Waterbury, 1979:98)

En tal atmósfera, como sostiene Waterbury, no era sorprendente que la presa

llegara a simbolizar el núcleo del patriotismo nacional y que, por ello mismo, cualquier crítica que se le lanzase fuera considerada como subversiva o hasta traidora ... Las críticas de orden técnico –por lo menos las hechas en público– parecían ser lo mismo que ayudar y encubrir al enemigo”. (Waterbury, 1979:117)

La supresión de la crítica

No obstante, hubieron críticos suficientemente valientes como para levantar su voz. Entre ellos, el más notable sin duda fue el Dr. Abd al-Aziz Ahmad, que en el pasado fuera presidente de la Comisión Estatal de Energía Hidroeléctrica y asesor técnico del Ministerio de Obras Públicas. La mayor preocupación de Ahmad era que las pérdidas por evaporación y filtración en Aswan serían mucho mayores que las previstas y cancelarían efectivamente cualquiera de las ventajas debidas al almacenamiento de un volumen tan grande de agua. Ahmad calculaba que los fuertes vientos que corrían sobre el reservorio podrían incrementar las pérdidas anuales por evaporación en una cantidad tal que podría llegar a los cuatro billones de metros cúbicos (m³). Además, Ahmad argumentaba que las pérdidas por filtración –en caso de que siguieran el mismo patrón que el de la Vieja Presa de Aswan– serían muy considerables. “Suponiendo que la capacidad de almacenamiento del reservorio a lo largo de toda su vida fuese de 100 billones de metros cúbicos”, informa Waterbury,

Ahmad calculaba que durante los primeros 20 años las pérdidas totales atribuibles a la filtración y al largo período de saturación de roca, así como a la evaporación, ascenderían al 124 por ciento de la capacidad total del reservorio... Después de 30 años, las pérdidas alcanzarían un nivel estable del 17 por ciento anual. *En ese nivel, las pérdidas cancelarían por completo todos los beneficios esperados de la Gran Presa.* (Waterbury, 1979:122)

Por supuesto, las opiniones de Ahmad no eran precisamente las que las autoridades desearían escuchar. Podemos imaginarnos la furia que se desató al saberse que Ahmad había presentado sus descubrimientos en una convención del Instituto Británico de Ingenieros Civiles, decisión que, afirma, Waterbury, condujo al régimen a considerar que Ahmad “estaba en connivencia con sus enemigos”. Ahmad no fue perdonado nunca por su indiscreción: cuando, en 1964, un comité decidió otorgarle el Premio Estatal por Méritos Sobresalientes, la decisión fue vetada por las más altas autoridades. Tres años después Ahmad murió, todavía en desgracia.

Sin embargo, la muerte de Ahmad no puso punto final a los argumentos en torno a las pérdidas por filtración y evaporación; tales argumentos siguen vigentes hasta la fecha. Aunque al parecer sus cálculos eran exagerados, está ya ampliamente difundida la sospecha de que las estimaciones oficiales sobre las

pérdidas por evaporación eran (y siguen siendo) demasiado bajas. Así, se sostiene que en promedio hay una pérdida anual de 9 billones de metros cúbicos por evaporación y que 2 billones adicionales de metros cúbicos se pierden debido a la filtración. En realidad, las pérdidas por evaporación podrían ascender a 15 billones de metros cúbicos, mientras que las pérdidas por filtración podrían alcanzar los 5 billones de metros cúbicos al año. Estas dos últimas cifras se basan en los cálculos de dos ingenieros egipcios, Taher Abu Wafa y Aziz Hanna Labib. Es tal la discrepancia entre sus cálculos y las cifras que ofrece el gobierno egipcio, que Waterbury se ve obligado a comentar: “O bien los ingenieros se equivocan (y ambos caballeros fueron altos funcionarios de la dirección de la Gran Presa), o las cifras ofrecidas al público están siendo manipuladas.” (Waterbury, 1979:125)

Ahmad fue pues uno de los críticos cuyos temores se han confirmado en gran medida; el profesor Alí Fathy es otro de ellos. Sin embargo, a diferencia de Ahmad, Fathy nunca fue aislado por el régimen. A pesar de ello, las autoridades siempre se mostraron particularmente indispuestas a prestar atención a sus críticas. Así, cuando él advirtió acerca de los peligros del deslave del lecho del río, un comité creado para estudiar el problema descartó sus temores como exagerados. De la misma manera fueron ignoradas sus advertencias sobre el efecto que en la fertilidad del suelo podría tener la eliminación de los sedimentos del Nilo en el Delta.

Al plantear esos problemas, Fathy no estaba proponiendo ninguna teoría nueva. Efectivamente, los peligros del deslave del lecho del río y de la eliminación del sedimento eran conocidos desde hacía muchos años. En 1908, por ejemplo, Sir William Willcocks señaló sabiamente:

Será un día trágico para Egipto aquel en el que el país olvide que, aunque la irrigación de la cuenca con sus cultivos de maíz ha cedido el lugar a la irrigación permanente con sus campos de algodón, las lecciones que la irrigación nos ha dado durante siete mil años no pueden ignorarse impunemente. La rica agua lodosa de la inundación del Nilo ha sido el sostén de Egipto por muchas generaciones, y no puede prescindirse hoy de ella en mayor medida que en el pasado. (Willcocks, 1904, citado en Waterbury, 1979:39)

Esa, sin embargo, no era la opinión de las autoridades. Desde el principio mismo, se argumentaba que los beneficios del sedimento anteriormente depositado por el desbordamiento del Nilo podían alcanzarse

fácilmente mediante el uso de fertilizantes químicos. El resultado ha sido un incremento dramático –que en la actualidad invalida ya al país– en la inversión egipcia en fertilizantes: así, de 1952 a 1964 el consumo de fertilizante nitrogenado se elevó de 648,000 toneladas a 1.2 millones de toneladas, mientras que el consumo de fosfato aumentó de 92,000 a 322,000 toneladas en el mismo lapso (Waterbury, 1979:130). Lo que, no obstante, esos fertilizantes son incapaces de sustituir son los otros microelementos del sedimento y la materia orgánica que contiene; tampoco pueden reemplazar algo de todavía mayor importancia, es decir, el suelo que se está perdiendo debido a la implementación de prácticas agrícolas más intensivas que la irrigación permanente ha posibilitado. Como diría a un comité parlamentario Sayyid Marei, ministro de agricultura desde 1952 y presidente de la Conferencia Mundial de Alimentación de 1974: “Afirmo con todo candor y tan fuertemente como me es posible, que estoy preocupado, extremadamente preocupado, por la amenaza que se cierne sobre la fertilidad de nuestros suelos”. (Waterbury, 1979:129)

Carencia de drenaje

Uno de los aspectos del problema que más alarmaba a Marei era la ausencia de drenaje en sitios donde la tierra había sido recuperada para la agricultura. Marei mismo sostiene que él advirtió a sus colegas que el único resultado posible de la recuperación sin drenaje sería el incremento de la salinización pero, insiste, sus advertencias fueron desatendidas. Lo que es indudablemente cierto, sin embargo, es que aquellos proyectos de recuperación que carecían de drenaje resultaron desastrosos para Egipto. Así un estudio reciente de la FAO encontró que más de un tercio de la tierra agrícola de Egipto está ahora afectada por la salinización, mientras que alrededor del 90 por ciento de la tierra cultivada enfrenta problemas de azolve. Esto no es sorprendente, ya que en 1975 menos de tres millones de *feddans* contaban con algún tipo de drenaje.

El hecho de que el gobierno egipcio fuera capaz de ignorar las advertencias de uno de sus políticos más prominentes es prueba suficiente de su capacidad de autoengaño. De la misma manera que no deseó oír nada acerca de los problemas de la fertilidad del suelo, la evaporación, el deslave del lecho del río o la filtración, se mostró absolutamente indispuerto a escuchar hablar sobre azolve y salinización. No debe sorprendernos, por lo tanto, que Waterbury ponga fin a su estudio sobre la hidropolítica del Valle del Nilo con la siguiente observación:

La decisión política (de construir una presa) abarca con frecuencia un conjunto de elementos simbólicos destinado a capturar la imaginación de la gente en el país y en el extranjero, a incitar al populacho, a establecer metas colectivas y, de esta manera, a encontrar en términos de motivación un sustituto para la guerra. Es ésta una atmósfera radicalmente hostil a la minuciosidad de los tecnócratas responsables, quienes pueden llegar a ser vistos como la vanguardia, voluntaria o involuntaria, de los enemigos del régimen. Su sinceridad será puesta en entredicho. Este ha sido el caso en Egipto, en donde el sentido de cohesión nacional y aún de consenso en torno a los objetivos y liderazgo nacionales son mucho más pronunciados que en muchos, si no es que en la mayoría de los países del Tercer Mundo. *Pero, ¿quién se lanzaría públicamente a cuestionar hoy en día la sabiduría de sembrar el desierto con nuevas ciudades o de tratar de convertir al Sinaí en una zona verde y populosa?* (Waterbury, 1979:247)

Esta es una buena pregunta ya que, como veremos en la siguiente sección, los motivos políticos que condujeron a la construcción de Aswan son característicos de la mayor parte de los proyectos de construcción de presas.

Intermediarios, padrinos y corrupción

Del caso de Aswan podemos derivar tres factores generales que dominan la historia de las presas. En primer lugar están los temores políticos y psicológicos que constituyeron el estímulo inicial para procurar el al-

macenamiento permanente dentro del territorio egipcio; en segundo lugar está el fervor mesiánico que contagió tanto al régimen de Nasser como al público en general; el tercer factor fue la incapacidad de asumir las críticas.

Aunque por sus detalles el caso de Aswan es muy particular, aquellos tres rasgos son comunes a muchas otras presas del mundo. El elemento mesiánico, por ejemplo, es muy evidente en el proyecto de la Bahía James, iniciado bajo el slogan de “El mundo comienza mañana”. Así también, el presidente Nkrumah de Ghana prometió que la Presa del Volta rescataría a los pobladores del país de ser “taladores de madera y de tomar agua del Oeste” y los conduciría, en cambio, hacia una nueva era industrial en la que “la modernización económica aliviaría al trabajador... de algunas de las menos necesarias formas de trabajo alienante”. (Pardy, *et. al.*, s/f:136)

Si el milenarismo es un rasgo constante de muchos proyectos a gran escala, los motivos políticos que influyen en su construcción pueden ser muchos y muy diversos. En algunos casos, sin embargo, son de una obviedad absoluta. Es difícil negarse a la conclusión de que, por ejemplo, el principal motivo de Guyana para embalsar el Alto Río Masaruni, residía en una compleja disputa fronteriza entre Guyana y Venezuela, centrada en la cuenca del Masaruni. En 1970 se firmó una moratoria según la cual ninguna parte en la disputa asumiría acciones unilaterales para respaldar su reclamo. En consecuencia, se nos sugiere que mediante los esfuerzos por desarrollar el área, Guyana esperaba imponer una presencia suficientemente fuerte como para debilitar la posición de Venezuela en cualquier negociación futura. (Véase Bennet, *et. al.*, 1978)



Tampoco pueden caber muchas dudas de que el motivo principal para que el gobierno sudanés continuara con la construcción del Canal Jonglei al término de la guerra civil en el sur de Sudan, residía en el deseo de consolidar su victoria y consumir la integración del norte y el sur. El Comisionado del proyecto fue sin duda muy claro respecto de las ventajas políticas del canal:

Históricamente, la desavenencia entre el norte y el sur aumentó en el pasado debido a la ausencia de comunicaciones. El Sud siempre ha sido una barrera. Esta es la razón por la que los sudaneses que habitan en la parte norte tienden a mirar hacia el Cercano Oriente, y no hacia África. Nuestros vínculos con África y particularmente con el sur, se encontraban debilitados debido a las dificultades de comunicación. (Earthscan, s/f, 8:28)

Pero mientras el comisionado veía al canal Jonglei como un instrumento de reconciliación, otros se mostraban menos esperanzados. Efectivamente, los rumores de que el área sería colonizada por los nortños (y especialmente por los egipcios) condujeron a las revueltas de 1974.

De la misma manera, es difícil explicar la longitud desmedida de las líneas de transmisión que están siendo instaladas para suministrar energía eléctrica a las minas de Shaba en Zaire, si no se recurre a razones políticas. En el presente, las minas funcionan con la electricidad que se importa de la vecina Zambia. Sin embargo, se están realizando planes para suministrar energía procedente de las presas del río Zaire-Congo, que se localizan a unos 1,700 kilómetros de distancia. Una vez que se terminen de instalar las líneas de transmisión que se requieren, el control gubernamental sobre la rica provincia de Shaba, en la que florecen ideas independentistas, se verá considerablemente incrementado. Como señalan Warren Linney y Susan Harrison: "Si Shaba intenta su independencia, la electricidad puede serle suspendida". (Linney y Harrison, 1981:31)

Politiquería en el Congreso

Toda esta politiquería tan manifiesta, de ninguna manera se encuentra confinada en los países en desarrollo. También en el mundo industrializado las consideraciones políticas aportan la racionalidad que fundamenta la construcción de las presas. En su mayor parte, esas consideraciones son eminentemente parroquiales y estrechas. Dicho llanamente, los proyectos

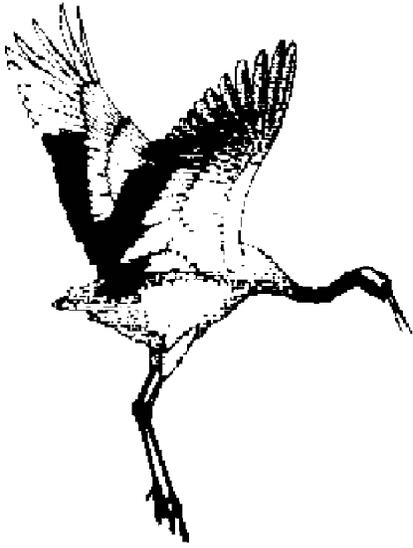
de construcción de presas atraen votos. Para comenzar, cualquier proyecto nuevo lanza automáticamente al miembro del Congreso o del Parlamento al escenario. Como señala George Pring, quien fue investigador del Fondo para la Defensa Ambiental en Washington:

El congresista promedio puede consagrarse al mismo proyecto de construcción de una presa durante cuatro o cinco elecciones consecutivas. Primero, se consagra al rompimiento del suelo. Después se consagra a las compras de tierra. Posteriormente, regresa y se consagra a los límites del embalse. Por último, consagra las astabanderas. En muchas partes del país, como afirma el dicho, el futuro de un congresista está escrito en concreto. (Powledge, 1982:288)

Quizá más importante aún sea el hecho de que oponerse a una presa trastorna lo que ha llegado a conocerse en Norteamérica como el "*barril de carne de cerdo*".² El término parece derivarse de la costumbre que tenían los dueños de esclavos de obsequiar ocasionalmente a sus esclavos con un barril de conserva de cerdo; en tales ocasiones los esclavos con mayor capacidad y con la mejor disposición obtenían, inevitablemente, mayor cantidad de alimento. La concesión de contratos federales selectos ha llegado a ser considerada por muchos como una práctica que sigue estos mismos principios. Como comenta George Laycock, autor de *The Diligent Destroyers*:

El barril de carne de cerdo ha llegado a ser una costumbre en la vida política. Los políticos... suelen creer que el valor que tienen ante sus distritos electorales es equiparable a la cantidad de dinero federal que envían a dichos distritos. Aunque existan otros cortes de cerdo como, por poner un ejemplo, la construcción de oficinas de correos, los cortes más exquisitos son los impresionantes proyectos hidráulicos distribuidos desde Maine hasta Hawái. El congresista pone la mira en el proyecto más cercano a su corazón, es decir, en el que esté más próximo a su casilla electoral. Este individuo puede llegar a sentir que otros proyectos incluidos en alguna ley constituyen un desperdicio de fondos federales, pero se mostrará reticente a argumentar en contra de la presa o canal preferidos por sus compañeros congresistas. Hacer esto implicaría poner en peligro el apoyo que podría recibir de los demás para su propio proyecto consentido. (Laycock, 1970:30)

La clave para entender por qué el sistema del barril de puerco es todavía el que predomina –y desde luego,



por qué recibe tantos cuidados por parte de los propios políticos— se encuentra en la naturaleza de las tajadas de cerdo que estén siendo repartidas. En efecto, son regalos completamente gratuitos del gobierno federal, grandes sumas de dinero que prometen generar crecimiento económico local. Para los agricultores, la esperanza es contar con un suministro barato de agua; para los agentes estatales locales, la expectativa reside en los nuevos desarrollos de vivienda; para los desempleados está la posibilidad de que se abran nuevos empleos. El hecho de que esos beneficios suelen no producirse es irrelevante: lo importante es que cada nuevo proyecto trae consigo la promesa de una bonanza económica. No debe sorprendernos por lo tanto que los políticos se muestren tan ansiosos de traer a casa sus tajadas de cerdo. La astuta negociación que acompaña a la política del barril de cerdo —y la influencia que ésta trae consigo— alienta inevitablemente la corrupción. Es difícil documentar esa corrupción debido a su naturaleza misma; sin embargo, fuentes bien informadas confirman que está muy extendida. Sin duda, podemos suponer con confianza que el apoyo dado a diversos proyectos hidráulicos en todo el mundo ha sido obtenido únicamente por la codicia de tener una cuenta clasificada en algún banco suizo. Vale la pena señalar, en este sentido, una afirmación hecha por el representante Michael Meyers, uno de aquellos congresistas norteamericanos implicados en el escándalo Abscam. En una conversación con un grupo de supuestos hombres de negocios representantes de un poder extranjero interesado (que en realidad eran agentes encubiertos del FBI), a Meyers se le preguntó acerca de la influencia que tenía en el

Departamento de Estado. Aunque pobre en su expresión, su respuesta (gravada por el FBI) fue suficientemente explícita: “Hay muchos tratos. Es un negocio constante lo que hay en Washington... entrar al Comité de Asignaciones en enero me hace un tipo muy importante” (Powledge, 1982:286). Meyers mencionó en particular que algunos comités del Congreso “que tienen miembros clave relacionados con el Departamento del Estado, están interesados en sacar algo del Comité de Asignaciones, del que quieren financiamiento para una presa”. Las implicaciones son obvias: si Meyers entraba al juego, podría obtener la influencia necesaria en el Departamento de Estado.

Es difícil estimar el grado hasta el cual el Congreso de Estados Unidos se halla acosado por tanta corrupción. El soborno directo es probablemente la excepción: por lo general las empresas agrícolas, los consultores en ingeniería y los sindicatos de la construcción llevan a cabo “campañas para recolectar fondos” a favor de congresistas que buscan su reelección, esperando asegurar por este medio el proyecto de construcción de alguna presa.

En el Tercer Mundo el soborno y la corrupción son abiertamente reconocidos como parte integral de la mayoría de los contratos industriales, incluyendo los proyectos hidráulicos. Una fuente bien informada que ha mantenido tratos con ciertos gobiernos del África Occidental, señala que, con el único fin de ver a un ministro es necesario depositar un maletín lleno de dinero con el secretario apropiado. Sólo entonces puede concertarse una cita. Mientras tanto, en Sri Lanka, otro informante afirma que un tercio de los fondos destinados a apoyar el proyecto Mahaweli ha sido gastado en sobornos.

La política contribuye a las decisiones erróneas

Sobra decir que la corrupción institucionalizada —se presente en forma de soborno o de política del barril de cerdo— contribuye a la toma de decisiones equivocadas. Considérense, por ejemplo, los planes para llevar agua al oeste y sudoeste de los Estados Unidos. La demanda masiva de agua en el área ya ha provocado un agudo descenso de las reservas del subsuelo, el agotamiento de los ríos y la salinización generalizada. Según David Sheridan,

Las tasas actuales de irrigación en algunas zonas del sudoeste de Nebraska provocarán que el nivel del agua descienda en alrededor del 50 por ciento entre 1978 y el año 2000. En Nebraska, un

promedio de más de 300,000 acres de plantaciones irrigadas de maíz (para grano) se ha estado abriendo anualmente desde 1973. La mitad de todos los proyectos de irrigación existentes en la parte occidental del estado va a experimentar insuficiencia de agua dentro de 20 o 25 años. (Sheridan, 1981, 2:9)

En efecto, Sheridan sostiene que en muchas zonas del árido oeste de los Estados Unidos, “los sistemas humanos están rebasando la capacidad de sustentación de sus sistemas de vida natural”. No obstante, es poco probable que vayan a introducirse voluntariamente medidas sensatas de conservación. La razón de ello reside en la accesibilidad de la carne de cerdo federal. Absolutamente nadie, y menos aún los agricultores del área, está dispuesto a aceptar que el uso de agua debe limitarse; en lugar de ello, se piensa que la solución está en los grandes proyectos hidráulicos que los políticos prometen construir con financiamiento federal. Sheridan cita la reacción de la ciudad de Tucson a sus menguantes reservas del subsuelo como un caso típico de este problema. Así, escribe:

La limitación del consumo de agua... parecería la solución lógica, pero aparentemente no ha sido viable desde el punto de vista político. Mucha de la gente que se ha establecido en este oasis del desierto procedente de zonas del país con climas mucho más húmedos, ha traído consigo hábitos de consumo de agua –tales como el riego de césped–, que resultan inapropiados para el desierto. Más importante todavía es el hecho de que limitar el uso del agua supone limitar también el crecimiento económico, y que muchos intereses arraigados en la zona –como los de quienes promueven los desarrollos de vivienda, los de las compañías constructoras y los de las instituciones financieras– tienen un enorme interés en el desarrollo económico sostenido. Así, en lugar de conservar el agua o de tratar de arreglárselas consumiendo menos, ciudades como la de Tucson recurren al gobierno federal para que las provea de agua barata. (Sheridan, 1981:31)

Estados dentro de los estados

Si el anhelo de los políticos de llevar carne de cerdo a casa es uno de los lados de la moneda en el caso de la construcción de presas, el otro lado es el poder de las instituciones que construyen y planean las presas u otro tipo de obras hidráulicas. El manejo de grandes presupuestos y el disfrute de un considerable poder

político, ha hecho que estas instituciones estén muy versadas en el arte del cabildeo. Por ejemplo, George Laycock recuerda de qué forma un funcionario público que trabajaba para el Cuerpo de Ingenieros de los Estados Unidos, “manejaba” a un congresista a quien deseaba interesar en un proyecto. El funcionario refirió a un biólogo del Servicio de Vida Marina y Silvestre de los Estados Unidos:

Tenemos expedientes de cada uno de los miembros del Comité de Asignaciones. Cuando uno de esos congresistas vino hace poco a Nueva Orleans, estábamos preparados para tratar con él. Uno de los nuestros llevó a un amigo suyo a una cena en Washington sólo para obtener más información del congresista. Descubrimos que era diabético. Así, cuando llegó a Nueva Orleans, su limusina con aire acondicionado ya estaba equipada con un refrigerador repleto de todo lo que pudiera necesitar, incluida la insulina. (Laycock, 1970:8)

Cualesquiera sean los medios que emplea para conseguir su influencia, el Cuerpo de Ingenieros de los Estados Unidos –junto con la Oficina de Recuperación– ejerce indudablemente un poder político considerable en la sede del Congreso. Cuando en 1979 el presidente Carter trató de impulsar un proyecto de ley por el que se hubiera creado un nuevo departamento responsable de revisar los proyectos hidráulicos, el Departamento de Recursos Naturales, sus esfuerzos fueron obstruidos por el Cuerpo y sus agencias aliadas. Posteriormente, en 1980, Carter fue forzado a retirar el veto presidencial que pesaba sobre un proyecto de ley por el que se



aprobaría la inversión de \$4,200,000,000 USD en proyectos hidráulicos, ley que él había calificado previamente como “farsante, dispendiosa, destructiva y onerosa” (Powledge, 1982:309)

En otros lugares podemos encontrar agencias que son igualmente poderosas. Así por ejemplo, la Comisión Hidroeléctrica (C.H.E.) de Tasmania ha sido acusada de ser un estado dentro de un estado. “Durante más de 50 años”, escribe Peter Thompson, de la Fundación Australiana para la Conservación,

la Comisión ha jugado un papel virtualmente incuestionado como la instancia central de planificación económica, social y de uso del suelo de Tasmania. Ha sido una organización que opera en el vacío de poder creado por una sucesión de parlamentos que no han insistido nunca en la responsabilidad pública de la C.H.E. (Thompson, 1981)

Thompson no es el único que ha expresado ese punto de vista acerca de la Comisión. Otras instancias, más oficiales, también han externado su preocupación creciente por el poder que actualmente goza la C.H.E. Así, en 1980, la misma Dirección de Energía de Tasmania hacía notar con alarma que la Comisión estaba descartando a clientes potenciales de su energía hidroeléctrica sin recurrir a otros departamentos gubernamentales.

Parecería que la Comisión Hidroeléctrica ha sido autorizada, en ausencia de lineamientos políticos adecuados, a actuar como una agencia de planificación económica de facto y fundamentalmente autónoma. Indiscutiblemente, ésta no es su función.

Ya antes, en 1974, un comité que investigaba los planes de la C.H.E. para inundar el Lago Pedder de Tasmania, lanzó severas críticas al “reducido enfoque de los objetivos de planeación de la Comisión y de los criterios de evaluación... y al estrecho ámbito de competencia profesional de la Comisión”. Efectivamente, el Comité de Investigación sostenía:

Parece ser una organización con vínculos internos muy estrechos y una rígida disciplina; puede considerársele como aquel arquetipo de la instrumentalidad gubernamental (que ha sido) descrito como una ‘autoridad gremial’. Tal tipo de organizaciones es común entre las agencias de obras públicas en Australia y, particularmente, en el campo de los recursos hidráulicos. Estas organizaciones tienden a internalizar la competencia profesional para impedir la supervisión inde-

pendiente de sus propuestas, para inhibir el conocimiento público de sus actividades y para seguir objetivos limitados –generalmente elementales. Debido a la estructura de su personal y a la naturaleza de sus atribuciones legales, tales organizaciones se encuentran poco capacitadas para manejar problemas de planificación ambiental que impliquen el establecimiento de objetivos múltiples o la cooperación interdisciplinaria. (Algunas organizaciones reaccionan) reconcentrándose en sí mismas y negándose a reconocer que existen problemas fuera de su propio campo o competencia. La Comisión Hidroeléctrica era una de esas organizaciones en 1967. La experiencia del Comité citado indica que todavía sigue siéndolo. (Thompson, 1981)

Esa opinión sobre la Comisión ha sido ampliamente confirmada durante los diez años que han pasado desde que se instaló el Comité de Investigación. Indudablemente, nada podría ilustrar mejor la visión de túnel y la disposición mínima para aceptar las críticas que caracterizan a la C.H.E. como su reacción al llamado internacional en torno a sus planes para embalsar el Río Franklin. No fue sino hasta que el Tribunal Superior de Australia determinó que esa área (que había sido incluida en la lista del Patrimonio Mundial como una zona de belleza natural sobresaliente) debería ser preservada, que la C.H.E. accedió a suspender el trabajo en la presa.

Conclusión

Un desconocimiento tan abierto de la opinión internacional resulta excepcional. Sin embargo, la determinación mostrada por la C.H.E. de construir la Presa del Río Franklin es sólo un síntoma de una tendencia más generalizada dentro de la industria a continuar desarrollando proyectos al margen de la oposición. El registro existente evidencia con claridad que las cifras suelen ser falsificadas con mucha frecuencia para obtener la aprobación de proyectos que –sobre la base de cualquier análisis objetivo– jamás serían sancionados ni, mucho menos, construídos. En efecto, parecería que quienes pretenden obtener ganancias políticas y financieras a partir de la construcción de alguna gran presa están dispuestos a llegar a extremos inimaginables para asegurar sus propósitos.

Entre otras cosas, están dispuestos intencional y conscientemente a confundir a quienes deben persuadirse de la pertinencia y viabilidad de la presa antes de que se apruebe la construcción. Provocan estas con-

fusiones mediante la burda exageración de los posibles beneficios de la presa y a través de una muy grave subestimación de sus costos probables, particularmente de los costos sociales y ecológicos que, como hemos visto, suelen ser totalmente ignorados.

El poder, prestigio y recursos financieros de los políticos, burócratas e industriales involucrados en proyectos de construcción de presas facilitan grandemente ese engaño, como lo hacen la credulidad y la apatía del público. Más todavía, a diferencia de las autoridades, quienes se oponen a las presas –con frecuencia líderes locales tribales o campesinos, académicos desconocidos o ambientalistas entusiastas– cuentan con recursos financieros muy escasos y gozan de poca credibilidad. A sus dificultades se añade el hecho de que deben enfrentar la inveterada creencia de que los proyectos de desarrollo hidráulico a gran escala constituyen una parte esencial del proceso de desarrollo económico, proceso que se nos ha enseñado a percibir como el único medio para combatir la pobreza y la desnutrición y para asegurar la salud, la longevidad y la prosperidad de todos. Oponerse a las presas es, por eso mismo, confrontar uno de los dogmas fundamentales de nuestra civilización.

Notas

¹ Un *feddan* equivale a 1.038 acres.

² Esta expresión coloquial se refiere a la asignación presupuestal destinada al patronazgo político (nota del traductor)

Bibliografía

- ANON
s/f "Selingue Dam Project, Mali", Commonwealth Secretariat, mimeografiado.
- BARTON Worthington, E.
1973 "The Nile Catchment - Technological Change and Aquatic Biology", en M.T. Farvar y J.P. Milton, *The Careless Technology*, Tom Stacey, Londres.
- BENNET, G. *et. al.*
1978 *The Damned: The Plight of the Akawaio Indians of Guyana*, Survival International Document VI, Londres.
- EARTHSCAN,
s/f *The Jonglei Canal*, Press Briefing Document, Londres, 8.
- FATHY, A.
1976 *The High Dam and its Impact*, General Book, Cairo.
- JOHNSON, B.
The Return of the Big Dam, Earthscan, Londres.
- WILLCOCKS, W.
1904 *The Nile in 1904*, Londres.
- LAYCOCK, G.
1970 *The Diligent Destroyer*, Audubon/Ballantine.
- LINNEY, W. y S. Harrison
1981 *Large Dams and the Developing World: Social and Environmental Costs and Benefits - A look at Africa*, Environment Liaison Centre, P.O. Box 72461, Nairobi, Kenya
- MACKENZIE, W.
1883 *Egypt and the Egiption Cuestion*, Macmillan, Londres
- MICHEL, A.A.
1973 "The Impact of Modern Irrigation Technology in the Indus and Helmand Basins of Southwest Asia", en M.T. Farvar y J.P. Milton, *The Careless Technology*, Tom Stacey, Londres.
- NASSER, G.
1964 *Speech at first closure of the Nile at the High Dam site*, 14 de mayo.
- PARDY, R. *et. al.*
s/f *Purari: Overpowering PNG?*, International Development Action for Purari Action Group.
- POWLEDGE, F.
1982 *Water, the Nature, Uses and Future of our Most Precious and Abused Resource*, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York.
- SHERIDAN, D.
1981 "The Underwatered West: Overdrawn at the Well", en *Environment*, marzo.
- THOMPSON, P.
1981 *Power in Tasmania*, Australian Conservation Foundation, Sydney.
- TYLOR, W.
1973 "James Bay: Continental Crisis" en *Survival*, North American Edition, marzo, 12.
- WATERBURY, J.
1979 *Hydropolitics of the Nile Valley*, Syracuse University Press.